

No hay que perder de vista la otra crisis

Agustín Carstens

Al tiempo que los ministros de Finanzas se preparan para la reunión del FMI y del Banco Mundial este fin de semana, sería natural que la atención se enfocara primordialmente, como sucedió en la reciente Cumbre del G-20, en los paquetes de estímulos, rescates bancarios y disputas regulatorias entre las economías más grandes y ricas del mundo. Sin duda estos temas son importantes, y las decisiones adoptadas por sus líderes tendrán consecuencias más allá de sus fronteras. Reestimar la demanda y restablecer la confianza y la operación normal de sus sectores financieros en las principales economías son elementos cruciales para salir de la crisis económica y financiera.

Sin embargo, existe el riesgo de perder de vista a la otra crisis, la crisis económica y humana que se extiende en los países en desarrollo donde vive la mayor parte de las personas pobres del mundo. Estos países no tuvieron papel alguno en los orígenes de la crisis global, pero existe el peligro de que sus habitantes sufran algunas de las peores consecuencias.

El contagio se está transmitiendo por múltiples vías. El comercio mundial caerá este año por primera vez desde 1945: la OCDE pronostica una disminución de más de 13%. Esto se traducirá en la pérdida de ganancias agrícolas para productores rurales en África y América Latina, y la pérdida de empleos en el sector exportador en toda Asia, Europa oriental y México. Mientras tanto, los flujos internacionales de capital privado hacia el mundo en desarrollo han caído precipitadamente; muestra de esto es que el BM calcula una impresionante disminución en estos flujos de 700 mil millones de dólares anuales desde 2007.

Más allá de la pérdida de ingresos y empleos, una consecuencia adicional será el debilitamiento de la capacidad de los gobiernos de países en desarrollo para proteger a sus habitantes. Muchos países pobres, lejos de contar con el espacio fiscal para instrumentar presupuestos contracíclicos y proteger de la crisis a sus grupos más vulnerables, tienen que enfrentar recortes en programas de salud, educación, alimentación y seguridad social. Es probable que muchos se vean forzados a reducir las inversiones en infraestructura, la base para su

prosperidad futura. Los arduos avances en las Metas de Desarrollo del Milenio están en peligro. El BM pronostica que más de 400 mil niños podrían morir cada año debido a la crisis. Muchos sobrevivientes podrían sufrir daño de por vida, ya que una mala alimentación en etapa formativa puede atrofiar el desarrollo del cerebro permanentemente, mientras los niños que abandonan la escuela en tiempos de crisis rara vez regresan a ella.

Evitar las peores de estas consecuencias requiere una respuesta urgente, coordinada entre los gobiernos de las economías avanzadas y el mundo en desarrollo. Los miembros de la OCDE deben preocuparse por los países en desarrollo no sólo por motivos humanitarios, independientemente de lo apremiante que éstos sean, sino también por interés propio. En palabras de los líderes del G-20, "la prosperidad es indivisible... para que el crecimiento sea sostenible, debe ser compartido". Los países en desarrollo representan una proporción importante de las ganancias por exportaciones en las economías avanzadas, y a menos que podamos restablecer el crecimiento saludable en los países en desarrollo, el camino hacia la recuperación global será extremadamente cuesta arriba.

¿Qué se necesita hacer? En la última Cumbre de líderes del G-20 se logró identificar el rumbo. El trabajo que ahora viene es ampliar el consenso más allá del G-20 hacia la comunidad internacional más extensa, a lo que abonará la próxima reunión del Comité de Desarrollo del BM. A partir de ahí, debemos asegurarnos de que las palabras sean traducidas en hechos oportunos y concretos, con las siguientes prioridades.

En primer lugar, los países donantes necesitan analizar su asistencia financiera internacional bajo una nueva luz, dada la crisis humanitaria inminente. Algunos han prometido aumentar los recursos disponibles, en especial los dirigidos a África subsahariana, pero aún deben cumplirlo. Incluso aquellos países que han venido cumpliendo con sus compromisos podrían contemplar ir más allá, particularmente dadas las actuales circunstancias.

En segundo lugar, es crucial restablecer el comercio mundial. Casi en todas las cumbres globales los países prometen evitar el proteccionismo; pero un reciente estudio del BM mostró que las presiones internas pueden terminar con las mejores intenciones. Más allá de apegarnos a la promesa global de "no ceder", ¿podríamos presionar por una mayor apertura de los mercados, como se concibió en la Ronda de Doha? Los "realistas" descartan tal escenario, pero hay que imaginar el mensaje de esperanza que un logro así enviaría.

Por último, debemos maximizar el impacto de las agencias internacionales, que tienen una enorme cantidad de trabajo extra en estos tiempos. Esto implicaría observar de forma crítica la idoneidad de los recursos disponibles en el FMI, el BM y los bancos de desarrollo regionales, como el BID. También implica estar seguros de que la voz de los países en desarrollo y en transición se vea reflejada adecuadamente en sus órganos de gobierno.

Estos son tiempos de prueba. Debemos hacer todo lo que podamos para traducir nuestras palabras en hechos y preparar el camino para tiempos mejores.

Secretario de Hacienda de México y presidente del Comité de Desarrollo del FMI-Banco Mundial

